

Bruno Alpini

un hombre vertical



Ediciones
Bruno Alpini

Agradecimientos:



Bruno Alpini, por haber existido... quizá



Tomaso Marabini, el primero que intuyó que tras un nombre había un mundo



Gianluca Botteghi, a quien hemos mangado la ciudadanía del mundo



Daniele Mingotti, risas, inventiva, sensible precisión



Bruno di Stefano, que ha dado oídos y aliento al proyecto



Claudio Mazzolani, por la recurrente disponibilidad, por el pragmatismo pasional y el afecto al zapatero de Durruti



Alfredo González, porque se implica hasta cuando no se implica



Toni Senta, por la adhesión total al proyecto



Claudio Venza, por habernos abierto espacios infinitos



Roberto Zani, nuestro Obi-Wan Kenobi

bruno.alpini@libero.it

3ª edición (1ª en castellano) - 2010

Esto pretende ser un homenaje a un anarquista, a un combatiente, pero sobre todo a un hombre que se ha liberado de las injusticias del mundo.

Una foto suya era obligada, de hecho hay fotos, muchas fotos suyas o de quien él quería ser en ese momento. Los esbirros italianos consiguieron tras muchos años y "gracias a la tecnología más moderna" darle una imagen.

Por eso nos hemos preguntado, ¿por qué facilitar al lector lo que los esbirros han necesitado décadas para comprender?

Estas son fotos de anarquistas fichados en Francia, puede que esté Bruno Alpini como puede ser que no esté.

A nosotros nos gusta pensar que también a él le habría gustado así.



“...la maleta en la mano y la anarquía en el bolsillo...”

“Por alguna parte hay algún Cristo que busca cansado y sin remedio una salida”, cantaba Piero Ciampi.

Bruno Alpini, hijo de desconocidos, nace el día de San Esteban de 1902, apenas un poco más tarde que el Cristo clerical.

Sólo años más tarde aparece en algún documento, seguramente a causa de un reconocimiento tardío o de una adopción voluntaria, el nombre de la madre: Gaira Caolini.

Va a la escuela hasta segundo de primaria. Su vida es la de un niño-adolescente sin domicilio fijo, con trabajillos ocasionales a cambio de casa y comida, tentativa y esperanzas de aprender un oficio, una profesión artesana, para satisfacer las propias necesidades materiales; una tensión hacia la independencia que le lleva a reconocerse en una familia más grande que esa que nunca ha tenido: la humanidad y, específicamente, la de los anarquistas, el ideal libertario, la universalidad.

El anarquismo en Rímimi no representa en esos años una presencia testimonial, sino nervio popular, difusión, sentimiento, tendencia y deseo que impregna el puesto de trabajo y el centro recreativo.

Desde la adolescencia, Alpini se deja llamar Lenin, pero por su entusiasmo revolucionario y no precisamente por afinidad ideológica.

Después de haber sido bastante tiempo mozo, recadero y peón, Bruno se convierte probablemente en ferroviario, gracias a la ayuda solidaria de los compañeros de ideal, que tienen una fuerte presencia en el sindicato del ramo.

Es un agitador social, está presente en las manifestaciones, en las reuniones, en las conferencias, en los mítines; tiene predicamento sobre otros muchos jóvenes.

En 1920 tiene 18 años, ha terminado la Primera Guerra Mundial, y cree que la revolución social es inminente en toda Europa. En Rímimi se redacta y se imprime el semanario anarquista *Sorgiamo!* En la ciudad y en los alrededores, los anarquistas se cuentan por centenares, los republicanos no son filofascistas como en otras zonas de la Romaña, los socialistas son compañeros de viaje, la asistencia a cualquiera de las iniciativas es enorme.

Todo cambia deprisa, en seguida es necesario defenderse no sólo de la represión estatal (reflejo del régimen del momento) sino también de las escuadras fascistas que protagonizan incursiones de tipo militar caracterizadas por saqueos, destrucción, eliminación física de los adversarios y una gran novedad en las luchas político-sociales, la extorsión a las familias, los secuestros generalizados, el incendio de los círculos obreros, las tabernas y las cooperativas (a la luz del sol o al claro de luna) protegida y flanqueada por los apéndices del Estado.

Para insistir y resistir, en julio de 1921 se constituyen los Arditi del Popolo, los de la canción (*Figli dell'officina*) cantada por Pietro Cavallero durante el célebre proceso de los años sesenta.

Bruno, tenso y orgulloso en una opción de vida ineludible y deseada, exento del servicio militar, se adiestra en el uso de la pistola junto a los compañeros, y no sólo anarquistas. Ya el primero de agosto es implicado y detenido junto a otros veinticinco ferroviarios socialistas y anarquistas en el contexto de un célebre montaje policial: el delito Platania. Este aislamiento temporal no es casual sino una forma clásica de reacción de los instrumentos del poder.

Puesto en libertad en la fase de instrucción, es buscado por los fascistas durante la gran expedición efectuada en julio de 1922; los anarquistas son proscritos en la ciudad. En el diario anarquista *Umanità nova* se puede leer “Rímimi bajo el talón fascista”, que rememora el título de la célebre novela *El talón de hierro*.

Del 1 al 3 de agosto se realiza el último intento coordinado del movimiento obrero, excepto los comunistas, de contraposición a las escuadras fascistas: la huelga general convocada por la Alianza del Trabajo es impedida militarmente por los fascistas, ayudados en varias localidades por el Ejército.

Finalizada la huelga, los camisas negras, con meticulosidad y las consabidas técnicas militares, eliminan los últimos baluartes de la clase obrera y también, naturalmente, a los individuos en quienes han notado voluntad y capacidad de oposición.

La tarde del 6 de agosto, intentando frenar la razia, Alpini dispara a dos fascistas boloñeses, Antonio Righetti y Filiberto Michelangeli; el juez emite contra él una orden de busca y captura.

Comienza la clandestinidad.

El 8 de mayo de 1923, se emite otra orden de captura referida al delito Platania, ya que el juez se replantea que, textualmente, la suya es una “complicidad necesaria”.

Definido como “peligroso anarquista prófugo” en el Boletín Judicial, es buscado en toda Italia.

En el espacio de tiempo entre estas dos requisitorias se realizó la Marcha sobre Roma.

A Bruno no le queda más que el exilio, la expatriación clandestina del territorio italiano, con algún guía alpino o con un maquinista ferroviario que lo esconda en la cabina de la locomotora, un recorrido hecho gracias a direcciones seguras, apoyos, algún documento falso, disfraces, escondites, con repugnancia hacia las desgracias padecidas y, al mismo tiempo, con una ilusiónante, presuntuosa, rabiosa certeza interna de una cercana victoria, cada vez más melancólica; un “Verás, verás” de Tenco cantado no a la madre sino a la sociedad en su conjunto.

Es el estado de ánimo de tantos huidos del fascismo; y, como para la mayoría de los romañolos que cambia de aires en esos años, también para él el primer destino es el territorio francés, con las maletas siempre listas para partir, pero no hacia casa.

En 1923 está en Marsella, tiene un pasaporte a nombre de Giovanni Grossi y dos domicilios: un bar y un restaurante.

La policía italiana llega a conocer la falsa identidad de Giovanni Grossi.

Se traslada a Lyon y asume la identidad de otro activista anarquista italiano expatriado en esa ciudad, el florentino Ruggero Panci.

Los documentos son casi iguales; difieren en la fotografía y en los nombres de los padres: el “original” es hijo de Dario y Argia, el otro hijo de Giuseppe y Caterina, los dos nacidos el mismo día del mismo mes del mismo año, en el mismo sitio.

El verdadero Panci ha huido de la violencia fascista pero no tiene asuntos pendientes con la justicia, y por eso Alpini se atreve a pedir un pasaporte al Consulado italiano en Estrasburgo el 29 de octubre de 1925 en calidad de Ruggero Panci, pero con su propia fotografía.

La homonimia crea confusión en los órganos estatales; Alpini tiene, a la chita callando, cuatro identidades: la suya, otra como Grossi y dos como Panci.

En julio de 1926 está en Bélgica.

En febrero de 1929 es detenido en París junto a otros cinco italianos acusados de hurto y vagabundeo, encubrimiento y posesión de armas prohibidas: reconstruyendo los hechos, parece que se trate de una banda de desvalijadores de cajas fuerte compuesta por anarquistas, socialistas y comunistas.

En solidaridad con los detenidos hay mucho movimiento, pero el papel de Alpini en estos acontecimientos no queda claro, quizá porque después de una corta estancia en la cárcel como preso preventivo es absuelto y puesto en libertad.

No está aislado, conoce a los militantes más activos, frecuenta los lugares de reunión y de encuentro habitual de los anarquistas italianos, en Francia y en Bélgica, con alguna escala en Holanda.

Pero nadie parece conocerlo por su identidad; y menos el sofocante cerco de confidentes, fuentes de confianza y compañeros que cuentan alguna cosa en los interrogatorios.

En el movimiento es conocido como “Bruno el Loco”, boloñés. Como tal lo conoce también la policía, que investiga sobre esta otra identidad.

Casi con toda seguridad es también “Mario”, presente en las reuniones más importantes celebradas en Bruselas.

Varios delatores escriben abundantemente, prometiendo, garantizando cada vez revelar el apellido en el siguiente informe.

En aquella época existe en Bélgica, y particularmente en Bruselas, una auténtica comunidad anarquista de varios orígenes lingüísticos con todas sus connotaciones tanto expresivas como intelectuales, sindicales, estrictamente políticas como de acción directa.

Se organizarán atentados, como por ejemplo el de Michele Schirru en 1931 y el de Angelo Sbardello en 1932, ambos contra Mussolini (que *Film de amor y de anarquía*, y el posterior espectáculo teatral *Storia d'amore e d'anarchia*, de Lina Wermüller recrean un poco), pero también

expropiaciones, documentos falsos, contactos clandestinos con Italia y campañas para la liberación de los detenidos en los gulag estalinistas.

Entre 1929 y 1931 los anarquistas italianos publican en Bélgica tres periódicos: *Bandiera nera*, *Guerra di classe* y *Fede!*

En agosto de 1930 Bruno está en Bélgica, es zapatero, como Vittorio Cantarelli, el anarquista italiano que hace de enlace entre los compañeros italianos, y alguna cosa más. Cantarelli sirve de referencia para los contactos con el movimiento anarquista belga, con los refugiados españoles, con los húngaros, con Luxemburgo, sede de otra comunidad anarquista italiana.

Esta fuerte ligazón entre el anarquismo prófugo en breve se traslada a España, donde ha caído la dictadura de Primo de Rivera.

El 2 de julio de 1931 reencontramos a Alpini en Toulouse, donde intenta renovar en el Consulado un pasaporte “artesanal”, originalmente de un tal Giuseppe Maggioni (cuñado del encargado de un mesón de Bruselas, lugar donde, según el Consulado belga, Alpini nunca estuvo).

El cónsul Tamburini lo hace detener.

Esta vez es condenado, como Bruno Alpini, a dos meses de cárcel.

El Ministerio del Interior informa: “Desde agosto de 1922 había ocultado cualquier indicio de su actividad”.

Una vez fuera de la cárcel, atraviesa clandestinamente la frontera.

El primero de septiembre lo vuelve a intentar: reclama el pasaporte como Bruno Alpini al Consulado italiano de Barcelona, que se lo niega.

Apenas llega a Barcelona, se encuentra inmerso en el clima de una huelga general muy violenta. En seguida forma parte del grupo de acción que defiende de los asaltos de la policía a la sede del sindicato de construcción de la CNT.

Por un tiempo vive en una fonda que no notifica su presencia a la policía, después duerme y trabaja en el taller de un zapatero libertario, un oficio con el que siempre ha tenido afinidad, una estrecha ligazón con la mentalidad clásica de los rebeldes.

Un confidente señala que duerme armado y mantiene contactos con Bruselas; en noviembre, el mismo delator indica que está buscado también por la policía española y que cambia con frecuencia de domicilio.

En diciembre abandona Barcelona. En junio, otro espía lo sitúa en Rusia, información equivocada ofrecida a los esbirros policiales con el fin de despistarles.

En Moncada, en noviembre de 1932, vuelve a probar el oficio de zapatero, actividad ejercida desde que se encontraban en Lyon.

En 1933, la policía italiana, gracias a una serie de fotografías, llega a la conclusión de que Panci es Alpini, o al menos también Alpini.

Al mismo tiempo, en Barcelona se desata una caza al hombre por parte de la policía, que intenta eliminar a los militantes más destacados del anarquismo. Si a las requisitorias verbales se dan a la fuga, hay permiso para disparar.

Las cárceles están llenas, y se utilizan incluso las bodegas de algunos barcos para encerrar a la gente.

En marzo de 1934, Alpini es zapatero en una calle barcelonesa, cercano al domicilio de Buenaventura Durruti (*). Se hicieron amigos en Bélgica, ambos con la maleta en la mano y la anarquía en el bolsillo.

El ateneo libertario está cerca, y si no es allí, se encuentran en el taller.

La fuerza de estos hombres es también la fuerza, la determinación, la firmeza de sus compañeras. De la compañera de Durruti se sabe; de la compañera, hispanohablante, de Bruno Alpini se conoce sólo la existencia y las ideas, pero no la identidad.

A comienzos de abril es detenido temprano en su puesto de trabajo como “componente de una banda de audaces de mala vida”.

La acusación parece cuanto menos extravagante, dado que la judicatura no confirma la detención.

Es llevado por Barcelona, por cuatro policías, maniatado, para obtener pruebas.

Desde este momento existen dos versiones de los hechos, pero ninguna certeza: Bruno Alpini es asesinado por la policía española; doce balas le acribillan el cuerpo, seis de ellas en la cabeza.

Antes de que se encuentre el cadáver, la prensa ofrece un relato novelado compuesto con notas de comisaría. Pero hay otras versiones:

“Sólo porque no ha querido decir o no sabía lo que se quería de él”

“Bruno Alpini, el Loco, como lo llamábamos... Buenos locos, saben lanzar a la cara de los enemigos una vida raída por mil espinas”, escriben en su memoria sus compañeros, desde Estados Unidos hasta Suiza.

Bruno Alpini es asesinado probablemente la tarde del 14 de abril de 1934.

El 21 de junio de 1934, el prefecto de Bolonia informa al Ministerio del Interior, a la Dirección General de la Policía del Estado, al Registro Político Central, al prefecto de Liorna, el ilustrísimo señor inspector general de la Policía del Estado, comisario doctor Giuseppe D’Andrea, que el tal Bruno de Bolonia, llamado “el Loco”, zapatero, ha sido identificado como Bruno Alpini, de padres desconocidos, nacido el 26 de diciembre en Rímimi.

Un anarcosindicalista de la CNT, gran amigo suyo, para vengar el homicidio dispara al comisario general de Orden Público, pero en el intento es asesinado por la numerosa escolta.

¡El Che Guevara parece un boy scout en comparación con Durruti!
(Daniele Mingotti tras haber leído *El corto verano de la anarquía*)

* Sobre la figura de Durruti, véase la obra de Hans Magnus Enzensberger, *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Buenaventura Durruti*.

Nacido en la clerical ciudad de León el 14 de julio de 1896, Durruti es un revolucionario anarquista español, sindicalista de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo) y, sobre todo, un elemento destacado en la guerra civil española.

Desde joven participa en movimientos populares contra el Ejército, la monarquía y su posterior dictadura.

Obligado al exilio, recalca en Francia, Sudamérica y Alemania, continuando siempre y en todas partes la lucha, legal o ilegal, para conseguir las armas y el dinero que serán indispensables para el movimiento anarquista durante la revolución de 1936.

Orador grandioso y convincente, muere en Madrid el 20 de noviembre de 1936.

Son varias las versiones sobre su muerte. Enzensberger da crédito a la hipótesis del accidente; prácticamente a Durruti le mata su propia metralleta, que chocó sin darse cuenta con el estribo del coche del que estaba saliendo.

Editado por la

ASOCIACIÓN CULTURAL BRUNO ALPINI

